

www.elboomeran.com

William M. Thackeray
LA HISTORIA
DE SAMUEL TITMARSH
Y EL GRAN DIAMANTE
HOGGARTY

TRADUCCIÓN DE
ÁNGELES DE LOS SANTOS

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: junio de 2014
TÍTULO ORIGINAL: *The History of Samuel Titmarsh
and The Great Hoggarty Diamond*

© de la traducción, Ángeles de los Santos, 2014
© de esta edición, Editorial Periférica, 2014
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-92865-94-9
DEPÓSITO LEGAL: CC-I54-2014
IMPRESIÓN: KADMOS
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

LA HISTORIA DE SAMUEL TITMARSH
Y EL GRAN DIAMANTE HOGGARTY

CAPÍTULO I

DONDE SE HABLA DE NUESTRO PUEBLO Y DEL PRIMER VISTAZO AL DIAMANTE

Cuando aparecí en el pueblo por segundo año mi tía Hoggarty me regaló un alfiler con un diamante; mejor dicho, no era un alfiler en ese momento, sino un guardapelo grande y anticuado, fabricado en Dublín en el año 1795, que el difunto señor Hoggarty solía lucir en los bailes de lord Lieutenant y otras ocasiones. Lo llevó, según contaba, en la batalla de Vinegar Hill, cuando gracias a su trenza pudo conservar la cabeza. Pero esto es irrelevante.

En medio del broche se veía a Hoggarty con el uniforme escarlata del cuerpo de Fencibles al que pertenecía. Alrededor había trece mechones de pelo, pertenecientes a la docena larga de hermanas que el viejo caballero tenía. Y como todos estos ricitos compartían el color rojizo brillante de la familia, el retrato de Hoggarty parecía, para una mirada imaginativa, una gruesa loncha de ternera roja

rodeada por trece zanahorias. Las zanahorias estaban colocadas en un plato de esmalte azul y parecía que la colección de pelos en cuestión iba a salir despedida del *Gran diamante Hoggarty* (como lo llamábamos en la familia).

Mi tía, no hace falta que lo diga, era rica. Y yo pensaba que tenía tantas posibilidades de convertirme en su heredero como cualquier otro. Durante el mes de vacaciones mi tía se mostró especialmente contenta conmigo. Con frecuencia tuve que tomar el té con ella (aunque había Cierta Persona en el pueblo con quien me habría gustado pasear por los campos de heno en aquellas tardes doradas de verano). Cada vez que tomaba aquel té negro suyo, ella me prometía que haría algo bueno por mí cuando volviera al pueblo, pero no: tan sólo tres o cuatro veces me invitó a cenar temprano y a jugar al *whist* o al *cribbage* después.

Lo de las cartas no me importaba, porque aunque siempre jugábamos siete horas seguidas y yo siempre perdía, mis pérdidas nunca superaban los diecinueve peniques por noche. Sin embargo, había un infernal vino agrio de grosellas que la vieja dama siempre sacaba para la cena y luego con la bandeja de las diez y que yo no me atrevía a rechazar. Pero por mi honor que me sentaba muy mal.

Bueno, yo pensaba que, después de toda esta sumisión por mi parte y de las repetidas promesas

de mi tía, la anciana señora me regalaría por lo menos veinte guineas (las tenía a montones). Y estaba tan convencido de que semejante regalo estaba previsto, que una joven dama llamada señorita Mary Smith, con la que había hablado del asunto, me tejió un monederito de seda verde y me lo dio —detrás del pajar de Hicks, doblando a la derecha hacia Churchyard Lane—; me lo dio, digo, envuelto en papel plateado. Y había algo en el monedero, la verdad sea dicha.

En primer lugar, había un grueso rizo del cabello más negro y brillante que hayan visto ustedes en su vida, y había también tres peniques, es decir, media moneda de seis peniques de plata, colgada en una pequeña gargantilla de cinta azul. Ah, pero yo sabía dónde estaba la otra mitad de los seis peniques, y sentí envidia de ese feliz trocito de plata.

El último día de mis vacaciones me vi obligado, por supuesto, a dedicárselo a la señora Hoggarty. Mi tía era cortés en exceso y tuvo el detalle de sacar dos botellas del vino de grosellas, del que me hizo beber la mayor parte.

Por la noche, cuando las damas asistentes a la reunión se habían marchado con sus chanclos y sus doncellas, la señora Hoggarty, que me había hecho una seña para que me quedara, apagó tres de las velas del salón y llevando la cuarta en la mano, fue hacia su escritorio y lo abrió.

No puedo decirles cómo me latía el corazón, aunque fingí indiferencia.

—Sam, querido —dijo mi tía, mientras trasteaba con las llaves—, tómate otro vaso de Rosolio (que era el nombre con el que había bautizado el maldito brebaje). Te sentará bien.

Me lo tomé, y deberían haber visto ustedes cómo me temblaba la mano cuando la botella tocó el vaso. Para cuando me lo había tragado la vieja dama había terminado sus operaciones en el escritorio y venía hacia mí, con la vela agitándose en una mano y un gran paquete en la otra.

«Llegó el momento», pensé.

—Samuel, mi querido sobrino —dijo—, tu nombre lo recibiste de tu tío que en gloria esté, mi bendito esposo, y de todos mis sobrinos tú eres el que se ha conducido en la vida de la forma que más me ha gustado.

Si tenemos en cuenta que mi tía tenía seis hermanas casadas, y que todas las Hoggarty se habían casado en Irlanda y eran madres de numerosos hijos, debo decir que el cumplido que me hizo mi tía fue extraordinario.

—Querida tía —dije despacio, con voz trémula—, con frecuencia la he oído decir que éramos setenta y tres en total, y, créame, su elevada opinión sobre mí es todo un halago. No la merezco, de verdad que no.

—Respecto a esos repelentes irlandeses —dijo mi tía con bastante aspereza—, no me hables de ellos, los detesto, y también a sus madres (lo cierto es que había habido un pleito por las propiedades de los Hoggarty); pero de todos mis otros parientes, tú, Samuel, has sido el más entregado y afectuoso conmigo. Tus superiores de Londres me dan las mejores referencias de tu rectitud y buena conducta. Aunque has estado ganando ochenta libras al año, un sueldo generoso, no has gastado ni un che-lín más de lo que ingresabas, como habrían hecho otros jóvenes, y has dedicado tu mes de vacaciones a tu anciana tía, que, te lo aseguro, está muy agradecida.

—¡Oh, señora! —dije. Fue todo cuanto pude articular.

—Samuel —continuó—, te prometí un regalo y aquí está. Primero pensé regalarte dinero, pero eres un joven austero y seguro que no lo quieres. Tú estás por encima del dinero, querido Samuel. Te regalo lo que yo más valoro en la vida: el r... el re..., el re...trato de mi bendito Hoggarty (lágrimas), encastrado en el guardapelo que tiene el valioso diamante del que con frecuencia me has oído hablar. Llévalo, querido Sam, por mí. Y piensa en ese ángel del cielo y en tu querida tía Susy.

Me puso aquel chisme en las manos. Tenía más o menos el tamaño de la tapa de un estuche de afei-

tado y me habría gustado llevarlo tanto como un sombrero de tres picos y una trenza. Estaba tan disgustado y tan decepcionado que verdaderamente no pude pronunciar una sola palabra.

Cuando recobré un poco mi presencia de ánimo, saqué el guardapelo de su envoltorio (¡el dichoso guardapelo! Era más grande que el candado de un granero) y, lentamente, me lo prendí en la camisa.

–Gracias, tía –dije con admirable sarcasmo–. Siempre valoraré este regalo, por usted, que me lo da; y siempre me recordará a mi tío y a mis trece tías de Irlanda.

–¡No quiero que lo lleves tal como está! –graznó la señora Hoggarty–, con el pelo de esas detestables pelirrojas. Tienes que quitarle los mechones.

–Pero el guardapelo se echará a perder, tía.

–Bueno, señor, no se preocupe por el guardapelo. Lo montaremos de nuevo.

–¿Y si quitamos –dije yo– toda la montura? Es un poco demasiado grande para lo que se lleva ahora. Y podría enmarcar el retrato de mi tío y colocarlo sobre la chimenea, junto al suyo. Es una miniatura encantadora.

–Esa miniatura –dijo la señora Hoggarty solemnemente– es de Mulcahy. Fue su gran *chef-d'œuvre* (pronunciando «shei dever», una de las palabras favoritas de mi tía, y que era, junto con

«bongtong» y «ally mode de Parrí», todo su vocabulario de francés).

»Ya conoces la terrible historia de ese pobre, pobre artista. Había pintado aquel maravilloso retrato para la difunta señora Hoggarty de Castle Hoggarty, condado de Mayo, y ella lo llevaba en el pecho en el baile de lord Lieutenant, donde jugó al *piquet* con el comandante en jefe. Cómo se le ocurrió poner el pelo de sus vulgares hijas alrededor del retrato de Mick, es algo que no sé decir. Pero así era, como se vio aquel día.

»“Señora”, dijo el comandante en jefe, “si ése no es mi amigo Mick Hoggarty yo soy holandés.”

»Ésas fueron las palabras exactas de su señoría. La señora Hoggarty de Castle Hoggarty se quitó el broche y se lo enseñó.

»“¿Quién es el artista?”, dijo milord. “¡Es el retrato más maravilloso que he visto en mi vida!”

»“Mulcahy”, dijo ella, “de Ormond’s Quay.”

»“¡Es un genio! Lo apoyaré”, dijo milord.

»Pero al instante su rostro se ensombreció, y devolvió el retrato con aire insatisfecho.

»“Hay un fallo en ese retrato”, dijo su señoría, que era rígido y severo, “y dudo que mi amigo Mick, como militar que era, lo hubiera pasado por alto.”

»“¿Y cuál es?”, dijo la señora Hoggarty de Castle Hoggarty.

»“Señora, ¡lo han pintado *sin el cinto de la espada!*”

»Y volvió a las cartas enfadado y terminó el juego sin decir una sola palabra. La noticia llegó a oídos del señor Mulcahy al día siguiente, y el infortunado artista ¡se volvió loco al instante! Se había jugado toda su reputación en esa miniatura y había declarado que sería perfecta. Tal fue el efecto de la noticia en su susceptible corazón. Cuando la señora Hoggarty murió, tu tío se quedó con el guardapelo y siempre lo llevó consigo. Sus hermanas decían que era por el diamante, cuando en realidad —¡desagradecidas!— lo llevaba por sus cabellos y por amor a las bellas artes. En cuanto al artista, queriendo mío, algunos dijeron que fue la abundante ingesta de licores lo que indujo el *delirium tremens*, pero yo no lo creo. Tómame otro vasito de Rosolio.

Contar esta historia siempre ponía a mi tía de muy buen humor, y al terminar prometió pagar el nuevo engaste del diamante y expresó su deseo de que cuando yo volviese a Londres se lo llevara al gran joyero, el señor Polonius, y le enviara a ella la factura.

—El caso es —dijo— que el oro en el que está engastada la cosa vale como mínimo cinco guineas y el engaste nuevo te puede costar dos. No obstante, quédate con el resto, querido Sam, y cómprate lo que quieras.

Dicho esto la vieja dama se despidió de mí. El reloj daba las doce cuando me dirigía al pueblo,

porque contar la historia de Mulcahy siempre requería una hora, y me marché menos descorazonado que en el momento de recibir el regalo. «Después de todo», pensé, «un broche de diamante es una cosa bonita y me dará un aire *distingué*, aunque mi ropa esté más estropeada que nunca.» Y estropeada estaba, sin duda.

«Bueno», me dije, «tres guineas, cuando las tenga, me servirán para comprar un par de pares de cosas de ésas», de las cuales, *entre nous*, tenía gran necesidad, pues yo acababa de dejar de crecer, mientras que mis bombachos me los habían hecho más de dieciocho meses atrás.

En fin, fui caminando hasta el pueblo, las manos en los bolsillos del pantalón. Ahí llevaba el monedero de la pobre Mary, del que había sacado las cosillas que me había regalado el día anterior y las había guardado en... no importa dónde. Pero, miren, en aquellos días yo tenía corazón, un corazón bondadoso. Tenía el monedero de Mary preparado para el dinero de mi tía, que no llegué a recibir, y con mis escasas reservas de dinero, que las partidas de cartas de la señora Hoggarty habían rebajado a cinco chelines con veinte, había calculado que, después de pagar la tarifa, llegaría a la ciudad con un par de monedas de siete chelines en el bolsillo.

Caminé hacia el pueblo a paso endiablado, tan rápido que, si tal cosa hubiera sido posible, habría

adelantado a las diez de la noche, que habían pasado por mi lado dos horas antes, cuando estaba escuchando las largas historias de la señora Hoggarty y tomando su horrible Rosolio.

Lo cierto es que a las diez tenía una cita bajo la ventana de Cierta Persona, que habría estado contemplando la luna a esa hora con su lindo gorrito de plumas y los rulos puestos en sus benditos cabellos.

Allí estaba la ventana, cerrada y sin una vela siquiera. Y aunque tosí y carraspeé y silbé ante la valla del jardín y canté una canción que a Cierta Persona le gustaba mucho, e incluso arrojé una piedrecita a la ventana, que golpeó justo en la abertura de la celosía, no desperté a nadie salvo a un enorme perro guardián, que aulló y rugió y saltó hacia la valla acercándose tanto a mí que pensé en ese momento que acabaría con mi nariz entre sus dientes.

Así que me vi obligado a marcharme lo más rápidamente posible. Y a la mañana siguiente, mamá y mis hermanas me hicieron el desayuno a las cuatro, y a las cinco llegó el coche *True Blue* de seis plazas para Londres, y subí a la parte de arriba sin haber visto a Mary Smith. Cuando pasamos por la casa, me pareció que la cortina de su habitación estaba un poco entreabierta. Sin duda la ventana estaba abierta, y había estado cerrada la noche an-

terior. Pero el coche siguió su camino y el pueblo, las casas de campo, el cementerio y el pajar de Hicks se perdieron pronto de vista.

«¡Fíjate, menudo broche!», le dijo un mozo de cuadra, que iba fumando un cigarro, al escolta, mirándome y tocándose la nariz con un dedo¹.

El caso es que no me había cambiado de ropa desde la fiesta de mi tía, y como estaba inquieto y con toda mi ropa en la maleta y pensando en otras cosas, me había olvidado por completo del broche de la señora Hoggarty, que había prendido en los encajes de mi camisa la noche anterior.

¹ Gesto que denota complicidad. (Esta nota y las siguientes son de la traductora.)